

NECROLOGIA

D O N   J O S E   C A P U Z

P O R

ENRIQUE PEREZ COMENDADOR





DON JOSÉ CAPUZ.



**S**IÉNTOME embargado al escribir este artículo en memoria de José Capuz, nuestro gran escultor, al que en un atardecer triste y lluvioso dejábamos en su sepultura, perdido, solo, en el suburbio madrileño, en un paisaje lejano e inhóspito, al que llegamos, no sin dificultad, por un pueblo destartalado que despertaba en nosotros truculencias entre barojianas y solanescas. ¡Con lo que a él le habría complacido dormir hasta la resurrección en su Valencia, junto al mar cuyas márgenes tanta hermosura alumbraron!

Todos conocíamos la enfermedad larga y penosa que desde hacía años tuvo alejado a nuestro eminente compañero de las tareas académicas y de otras actividades. También los que le trataron conocen cual fue su carácter: un tanto tímido ante la asamblea, bromista entre los amigos —evasión, sin duda, de la profunda seriedad con que trabajaba—, retraído en su vida, aunque también con arrebatos pasionales que, mal comprendidos, podían interpretarse a veces como arbitrariedad o capricho.

Si Capuz, entre los amigos, era dado a la chanza, como escultor nunca bromeaba. Con paso seguro remontó su camino en pos de la gran tradición, de la más pura tradición escultórica, que nos llega con el aura del Mar Antiguo, del Mare Nostrum, haciendo caso omiso de ociosos intelectualismos y del snobismo o cursilería estériles que han reducido el arte de nuestro tiempo a la impotencia, a la ignorancia, al ridículo y a la esclavitud del dólar.

Es —hablo en presente, pues su obra está viva— un tradicionalismo el suyo que se basa en un trabajo intenso, en la riqueza que da el conocimiento, en la observación de la vida y en el ejercicio de la destreza;

modo verdadero de hacer renacer una tradición y producir obras dignas y duraderas que llegarán a ser antiguas, pero nunca serán viejas.

Capuz se nos ha ido en un tiempo en que valores tan fundamentales del Arte como la destreza y la maestría están en quiebra. Gran maestro de la escultura, era uno de los últimos que en este “final de un mundo” alentaba aún en España.

Personificó Capuz la maestría, esa maestría que con su arte y destreza penetra de espíritu la materia inerte y resistente, o ennoblece, embelleciéndolo y animándolo, el barro humilde en el que los escultores plasamos el germen de nuestras obras o las hacemos duraderas con el auxilio del fuego.

El era fundamentalmente artista y escultor; amaba el Arte por encima de todo y a él entregó su vida en cuerpo y alma. De esta amorosa entrega venían su pasión arrebatada, aquel silencio suyo, consciente y humilde ante las cosas que tenían grandeza y hermosura, y también su altivez para con lo engolado, huero o enmascarado, que, penetrante, atisbaba rápido con naturalidad e inteligencia.

Fue un gran intuitivo, un espíritu caballeroso, de gusto cultivado, como puede apreciarse en su hogar. Pese a que prefería la tranquilidad, el recato de su estudio y la tertulia de unos pocos amigos, su gran prestigio, el magisterio que sin proponérselo ejercía aun fuera de su cátedra, le llevaron —aceptándolo como un deber— a ser imprescindible durante muchos años allí donde había que emitir un juicio, discernir méritos, otorgar recompensas. Nunca se pronunciaba sin observación detenida y la consiguiente meditación; después era inflexible.

Diecisiete años mayor que yo, recibí de él, en mis comienzos, algunos varapalos, mas también las mayores satisfacciones que jalonan mi carrera y, por ende, gratitud imperecedera.

Compartí con él, más tarde, las tareas en jurados y tribunales, y pude apreciar que, a más de esa conciencia responsable a que me refiero, era un artista de fondo recto e insobornable. Ni el poderoso ni los aduladores doblegaban su independencia.

Así era el hombre, y así de claro, de personal, de concienzudo y vivo su arte, que tantísimo admirábamos todos.

Capuz, vástago de una familia de artistas, nacido en la tierra valenciana, que había dado ilustres maestros al arte nacional, vivió con esa humildad y esa conciencia que conoce la limitación del hombre ante la obra de Dios en la que estamos inmersos. La belleza de la figura humana, su arquitectura sin par, la infinita variedad de sus formas, tal que jamás encontramos dos criaturas iguales, apasionaban al maestro, y, gran intuitivo, amorosamente, con personalidad inconfundible, creaba sus esculturas, en gran parte desnudos femeninos, palpitantes, nuevos, dechados de gracia y de noble concepto escultórico.

Había comprendido como pocos él, que se inició en tiempos en que un naturalismo trivial y anecdótico informaba la escultura, que ésta sin grandeza y monumentalidad, aun la de pequeñas dimensiones, en rigor dejaba de serlo.

Así, con juvenil impulso, entonces, cuando el arte oficial era aquello; y con serenidad consciente, densa de experiencia, ahora, en este tiempo que patrocina lo deshumanizado y demoledor. Auténtico artista, construyó toda su obra con maestría, en silencio, fuera de la corriente o contra ella y del favor oficial, que rara vez le sonrió a tono con sus merecimientos.

Capuz amaba su arte, se había entregado a él con vocación auténtica, sin afán exhibicionista, dejándonos una obra si no muy numerosa, pues la escultura es larga y fatigosa de hacer, en cambio muy importante y de la máxima calidad alcanzada en nuestro tiempo.

José Capuz, como otros artistas luego famosos e ilustres, respiró directamente el aura greco-latina en la gloriosa Academia Española de Bellas Artes de Roma, que en tan extraordinaria medida ha contribuido, desde su fundación, a elevar el nivel de nuestro Arte, y a la que si en un tiempo fue llamada la "Cenerentola" entre las Academias extranjeras de Roma, hoy tiene y ostenta el necesario y obligado decoro.

Trabajó cuatro años cumplidos a la sombra del *Tempietto*, del Bramante, y cada día, tras la peregrinación a través de la henchida monumen-

talidad romana, al reintegrarse al conventual y austero recinto académico la presencia áurea del *Tempietto* le incitaba a repensar que el orden, la medida y el número son sumandos que hacen inamovible la belleza de las creaciones que los integran.

Por ello los artistas españoles que tuvieron la fortuna de morar y obrar en San Pietro in Montorio, los que supieron abstraer cada día en la cumbre del Gianicolo la inmanente e inmarcesible lección que allí, y ante sí, la urbe dimana imprimen a nuestro arte temperamental, a veces anárquico, una dimensión de universalidad, un equilibrio y mesura que en nada aminoran, sino, antes al contrario, hacen más claro y esplendente el resolutivo genio hispano.

De esta casta de artistas fue José Capuz, y allí, en Roma, en nuestra Academia —me lo dijo muchas veces—, se hizo escultor.

Humilde y sensible ante la Naturaleza, fue altivo ante el poderoso y trabajó con heroísmo. ¿Qué verdadero escultor no ha de ser heroico en nuestra patria donde la justicia suele relegarse a la posteridad?

Con heroísmo, calladamente y sin alharacas, laboró durante su noble vida de artista, mostrando un incansable tesón.

Aquel trabajo silencioso en el que se fundía a su levantina destreza el claro concepto que aún nos ilumina desde Grecia, pasando por Roma, trascendía desde su taller, ejercía magisterio sobre muchos que diez o veinte años más jóvenes ni siquiera personalmente le conocían. Y este magisterio se hará más patente el día en que su obra pueda ser reunida.

Quisiéramos para la obra de Capuz y para la de otros grandes escultores sendos conjuntos museales —el Ayuntamiento de Barcelona lo prepara de Clará; Valencia lo tiene (muy incompleto) de Benlliure, y Tarrasa lo prepara de Enrique Monjo, en plena actividad creadora— que den fe de que el genio español no se extinguió con nuestro ocaso decimonónico, como pudiera erróneamente desprenderse de ciertas obras de grandes dimensiones realizadas en los últimos años o por algunas enviadas al otro lado del Atlántico donde permanece la huella de España.



Perteneció José Capuz a una generación de escultores de positivo talento, como sólo en contados momentos encontramos en la historia del arte español. Le precedían Mogrobejo, Clará y Mateo Hernández, cuyas obras el tiempo consolida; Casanovas, Gargallo, Huerta. Le eran parejos en años o le seguían Julio Antonio, el gran malogrado; Sánchez Cid; Barral; Laviada; Juan Cristóbal; Ortells; los Vicents; Beltrán, y otros, entre los que se fueron; Quintín de Torre, el vasco austero que entroncó su tiempo con la patética imaginería castellana y que, anciano y enfermo, aún alienta en su Bilbao; y Enrique Monjo, más joven, que calladamente en Barcelona realiza una obra ingente; Macho, Adsuara y Orduña, entre los vivos.

Con Capuz y todos ellos efectuóse en España una vuelta a los conceptos de claridad y de orden que, como un nuevo clasicismo, restablecía, aunque por breve tiempo, la dignidad del arte, el florecer del espíritu, el respeto a los valores.

Ahora son muy pocos los que maduran con aquella entrega amorosa y entrañable a su arte, que nos hace considerar con melancolía la vida sencilla y digna de Capuz como una vida ejemplar de artista.

Vida ejemplar y heroica. Conocidos el panorama artístico español, la incuria, la frívola inhibición, el atropello para nuestros monumentos, se comprende cuán desesperanzador es desenvolverse a los que tienen elevadas miras; y se comprende, asimismo, cuán meritoria y dolorosa fue la senda de quien, como Capuz, buscó el estilo, la pureza, una síntesis formal inasequible a la popularidad y al comercio, sin concesiones que merman la dignidad del creador y de la obra de arte.

Tuvo Capuz singular talento para la composición monumental; también obtuvo recompensas, ganó oposiciones y triunfó en concursos que buena parte de las veces se quedaron en proyectos, y tras ellos el esfuerzo y las horas amargas.

Mas sus entrañas de artista hacían renacer en él la ilusión. Le veíamos reanimado muy poco antes de morir con la realización de una de sus hermosas obras de madurez: los relieves para el Círculo de Bellas Artes,

cuyos modelos se habían perdido por inaudito abandono. No pudo verlos terminados y se nos fue con esta amargura.

Suele ser sino del escultor penar y consumirse. Lustró tras lustró va quedándose entero en su obra, y al final, séale o no esquivada la gloria, a veces acompaña la pobreza, la soledad y el silencio. En mis últimas visitas a Capuz, postrado, pude vislumbrar este drama.

¡Cuántas horas, cuántos, cuantísimos días, la piedra, el barro o el leño, el hierro y la maza en las manos! La maza y el hierro, el barro, el leño y la piedra son nuestros sueños en la soledad. Pero tras el dolor y la fatiga vienen la serenidad y el goce. Mayores para los que disfrutaban de nuestras criaturas que para los que las engendramos, pues la materia se resiste, pesa sobre las alas y los sueños se quedan lejos.

Capuz, maestro niño aún, se familiarizó con la noble materia, con el hierro y la maza; los domó, y sus ojos ávidos supieron aprehender normas y vida. Por ello fueron más ligeras sus alas.

Decía Leonardo de Vinci que no es verdadero maestro aquel que se especializa en un solo género. La maestría, en efecto, para serlo ha de abarcarlo todo. Capuz dibuja y abarca bulto redondo o relieve, estatuaria monumental, imaginería o escultura sagrada, retratos y esa deliciosa y variada colección de pequeñas esculturas cuyas dimensiones reducidas contienen todas las cualidades exigidas en la gran escultura.

A Capuz en su larga enfermedad de los años pasados y su impotencia física, mientras las manos tuvieron fuerza y nervio, no le anuló aquel juvenil anhelo de figurar con ellas, cada vez que tocaba la arcilla, algo distinto y vivo, sazonado y claro. Esto salva a su arte de la decadencia que en otros maestros hemos conocido o conocemos. La exposición de sus últimas obras nos lo corroboró hace pocos años.

Eso es una constante en su obra, y lo es también en las épocas o períodos puros del gran arte a que nos hemos referido, lo cual muestra la autenticidad temperamental del escultor y la firmeza del concepto. Se diría que era un abstracto, mas de ningún modo un abstracto al uso de hoy, que

expeditivamente prescinde del hombre o de las formas naturales y que, ángel caído, cree soberbiamente que inventa otras nuevas.

Capuz, como todo escultor digno de este nombre, ordenó masas en el espacio, jugó con los volúmenes balanceándolos y armonizando en el bloque macizos y vanos, pues para la total expresión y equilibrio tanto cuenta el espacio como la masa. Esta abstracción u orden geométrico es base o fundamento de la escultura desde tiempo inmemorial y no hallazgo de los que nos lo muestran como aportación de nuestro tiempo.

Al construir Capuz en sus fundamentos con pura abstracción, como se hizo desde la más remota antigüedad, como lo han hecho y lo hacen en general los escultores que tienden a la pureza plástica y a la síntesis, también como ellos fue además y sobre todo figurativo. Y esto con aquello es lo arduo, por requerir el conocimiento y la observación, lentos, profundos, del hombre, de las leyes que rigen sus actividades y movimientos, de la infinita variedad de los mismos y de sus proporciones, de su psiquis y expresividad y del palpito vital que anima la figura humana.

Hay más; si la belleza es un orden esplendente—como con rigurosa precisión alguien ha dicho—, Capuz llegó a ella con los menores medios posibles, dando de lado lo superfluo, lo anecdótico, el lastre que tanto cuesta soltar. Gran intuitivo—¿que gran artista no lo es?—, elaboraba *in mente* sus síntesis, palpjtantes de vida, de los últimos años, y las plasmó tan verosímilmente que su presencia no se tiene fría materia esculpida, sino unas criaturas que en su silencio elocuente, con sus formas inconfundibles, con sus actitudes y expresiones peculiarísimas, nos muestran la personalidad señera del autor.

Esto, la personalidad de Capuz, fue una de sus características. La personalidad se posee o no se posee. La da el Altísimo, y si no se recibe ese don, es inútil fingirla. Cuando se nace con ella tampoco puede enmascararse. Así le sucedió a Capuz, que, hombre impresionable y apasionado—con aquel apasionamiento e impresionabilidad propios de todo temperamento artístico—, se dejó arrastrar a veces por deslumbrantes bengalas; mas al fin, Capuz era él mismo, y sus criaturas hijas suyas.

Divisando por la calle a una persona de lejos, de costado o de espalda, sólo por el aire se la reconoce en seguida. Lo mismo acontece para el conocedor con una obra de Capuz. Y aquel individuo, ser vivo de nuestro tiempo, que vive, que camina y tiene figura distinta a cuantos antes fueron, que alienta como nadie alentó antes que él, nuevo y diferenciado, por tanto, tiene sus antepasados, a veces milenarios, a los que se asemeja. Así, las criaturas de Capuz y las de los más grandes artistas del *tiempo* pasado y del nuestro.

José Capuz ha sabido penetrar en la envidia de nuestra milenaria herencia y la acrecentó aportando lo suyo. Ha trabajado. ¿Trabajado? ¿Es, acaso, un trabajo lo que con vocación y fervor se crea? Laboró calladamente, sin dar un cuarto al pregonero, y aunque le llegaran auras ajenas, siempre era él mismo. Alcanzó la maestría, y sus criaturas nacieron dentro de un orden formal perdurable y con plenitud de belleza. Por esto nosotros, cuantos artistas perseguimos la forma rotunda, la clara belleza, la intención pura, teniendo conciencia de tal maestría, veneraremos hoy y mañana su memoria, admirando las criaturas creadas por su Arte.